

El combate interminable

**Juan José
Flores**

**El combate
interminable**

Navona

Primera edición

Marzo de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Imagen de la cubierta Ulf Andersen

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-10-4

Depósito Legal B 1491-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

© Juan José Flores Alcón, 2022

Los derechos de la obra han sido cedidos mediante acuerdo con International Editors' Co Agencia Literaria

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

*Para mis queridas Dolors Vilella y Lolita Joan, mujer e hija
de Josep Gironès, y para mi amigo Toni Sastre Joan,
nieto del Crack de Gràcia, con todo mi afecto
por esta excepcional familia.*

Índice

La barbería	11
El sonámbulo	29
El boxeador	37
La isla del tesoro	65
El último combate	77
Buzos y sirenas	95
El fabulador	99
El viejo y el mar	119
La dama blanca	123
El guardaespaldas	139
El jugador	157
Besar la lona	167
Navegantes	175

En la primavera de 1980, el celebrado escritor argentino Jorge Luis Borges visitó Barcelona, donde recibió múltiples y merecidos homenajes con motivo de la concesión del premio Cervantes, considerado el Nobel de las letras hispánicas. Su breve estancia en la ciudad tuvo un carácter público y notorio —no podía ser de otro modo—, con numerosas entrevistas y apariciones en la televisión, pero también sucedieron cosas que quedaron recluidas en un ámbito estrictamente privado. Una leyenda sostiene que, durante aquellos días, Borges concibió un cuento —o el esbozo de un cuento, tal vez el germen de una futura serie de ellos— que nunca vio la luz en publicación alguna, aunque en otra referencia de esa misma leyenda se afirma que existe una versión oral, grabada en cinta magnetofónica por el propio autor. Hay noticia de que el también escritor Adolfo Bioy Casares, amigo íntimo de Borges, hizo alguna mención al respecto en una charla privada con un periodista, algunos años después de la muerte de su gran amigo, evocando viejas confidencias. Al parecer, esa cinta —suponiendo su existencia— permaneció en Barcelona, en manos de un amigo inesperado al que Borges —siempre según las palabras de Casares— consideraba que le debía la vida. María Kodama, la viuda de Borges y su secretaria personal en 1980, nunca hizo mención alguna sobre esta cuestión, al menos públicamente, por lo que,

fuera de estas suposiciones quizás quiméricas, jamás ha habido constancia real y fidedigna de la existencia de dicha cinta.

ARI LAGUÁN

La barbería

Germán Valdés había entrado en la barbería de Arístides una tarde de abril de 2012, veintiséis años después de su última visita al establecimiento. Había escogido el final de la jornada, un tiempo fronterizo al filo del cierre, porque supuso que eso casi le aseguraba ser el último cliente del día. Arístides le recibió con su sonrisa más cordial, un gesto habitual en él, aún sin reconocerlo en aquel primer instante, concentrado como estaba dándole los últimos retoques, algo sobreactuados, a uno de sus parroquianos más asiduos. Tras el saludo, el barbero señaló despreocupadamente el solitario rincón cercano a la mesita con las revistas, los diarios deportivos y los cómics para los niños. «Acomódese, mi amigo. Estamos acabando y luego ya le toca».

Arístides reanudó su tarea, unos tijeretazos certeros y cadenciosos, mientras el peine acariciaba con suavidad la nuca del cliente, interrumpida momentáneamente la charla entre ambos, que hacía un instante casi era un diálogo de confesionario, un rumor de palabras que podía no provenir de aquella sala, sino de algún lugar recóndito; más parecía una corriente subterránea que surcase el subsuelo de la barbería que una conversación. Arístides solamente reconoció al recién llegado cuando volvió a contemplarlo fugazmente, esta vez atrapado en las aguas sin fondo del espejo de la barbería, con aquella cicatriz en la frente, medio escorado hacia el perchero, aguardan-

do su turno. Germán parecía observarlo todo como haciendo un inventario imposible, tratando de reconocer el lugar. «Válgame...», musitó entonces el barbero, sin poder reprimir el estremecimiento de aquellos veintiséis años transcurridos, que sin avisar le habían recorrido en estampida el espinazo. Luego, Germán contempló el final del rito, el cepillado de la nuca de aquel penúltimo cliente con polvos de talco espolvoreados previamente sobre el cepillo; la retirada, con un solo gesto algo teatral, del lienzo con los últimos mechones de cabello gris; las palabras auspiciadoras de Arístides encarando la despedida; el intercambio de billetes y el tintineo final de la vieja campanilla que pendía sobre la puerta acristalada.

—¡El gran Valdés! —exclamó por fin el barbero, casi eufórico, cuando ya estaban a solas—. ¡Casi no puedo creerlo!

Ambos se abrazaron, palmeándose ruidosamente las espaldas. Germán no oía aquello de «gran Valdés» desde sus lejanos, muy lejanos, tiempos de boxeador del peso wélter. No había respondido nunca a los estereotipos del antiguo boxeador, con ciertas facultades intelectivas mermadas por lejanos y reiterados golpes, ni mucho menos. Por el contrario, era rápido y perspicaz, y sabía amagar con buenos argumentos si convenía, igual que antaño, sobre el ring, parece que supo hacerlo con ciertos golpes estrella de su repertorio particular. Ahora conservaba una reciedumbre fibrosa en su físico —¿qué edad tendría?, se preguntó el barbero; pasaba de los sesenta, sin duda, como él mismo—. Era un hombre de cierta elegancia innata, de gestos pausados y certeros, algo gatunos, que transmitían seguridad.

—Lo que yo no puedo creer es que me hayas reconocido, Arístides, después de tanto tiempo.

—No lo hice, mi amigo. Ha sido el espejo de esta barbería. A ese no puedes engañarlo, ya lo sabes. Ahora toma asiento y charlemos mientras te arreglo, como en los viejos tiempos. Invita la casa.

Arístides se quedó un instante como rumiando una idea, hasta que se apresuró a darle la vuelta al cartel que rezaba CERRADO en mitad de la puerta de cristal, para que quedara bien visible desde el exterior. Sin embargo, se detuvo en el último momento, antes de echar el cerrojo; alguien se apresuraba a mitad de calle, rumbo a aquel establecimiento. Una mujer llegó, algo jadeante. No era muy alta y bordeaba la cincuentena: «Lo siento —dijo, acalorada—. Pensé que no llegaba». Se detuvo en el umbral, junto al barbero, sin entrar, y echó una mirada hacia el interior, limpia y a la vez chispeante; barrió el establecimiento como un oleaje manso de color aguamarina y le entregó un paquetito bien embalado al barbero. «La loción para después del afeitado lleva esta vez descuento —dijo—. Ahora me voy, que usted tiene trabajo todavía. Ya le mandaré la factura, que hoy se me ha olvidado», y desapareció por donde había venido. Arístides se disculpó por la espera, algo azorado: «Tiene una peluquería de señoras en el barrio, no lejos de aquí, y además vende a comisión productos de perfumería y cosmética. Buenas marcas. A mí me suministra lociones, colonias y jabón de afeitar. Me hace precio de colega». Depositó el paquetito sobre una de las sillas vacías y echó por fin el cerrojo a la puerta. Luego eligió un nuevo lienzo immaculado, de los que aguardaban su turno en un armarito bajo, y se lo ajustó alrededor del cuello al último e inesperado cliente, con la delicadeza con la que habría envuelto en él a un recién nacido.

Durante unos instantes, ambos departieron con una extraña naturalidad, como si acabaran de verse la tarde anterior y los avatares cruciales del tiempo transcurrido no les hubieran siquiera tocado. Todo eso podía esperar, pensaron sin duda ambos, como para espantar el aturdimiento del reencontro. Germán apenas mencionó vagamente que acababa de llegar de París.

—Tienes mucho que contar —incitó, al fin, Arístides—. No sé si nos va a alcanzar con un solo corte de pelo. Pero ¿cómo te va hoy día?

—Juzga tú mismo. Ayúdame con el espejo, quiero decir —y pareció mostrarse desnudo, como un ahogado apenas recuperado de las aguas.

—Pues fíjate, mi amigo, que así, a bote pronto, con esa cicatriz en la frente, al espejo le parece que te haya pillado desprevenido, en frío, con un gancho bien cargado, algún zurdo espabilado.

—Bien visto. Cuando pasa eso ya no aspira uno más que a mantenerse en pie lo que quede de asalto. Creo que he venido a verte por eso, entre otras cosas, para que me hagas de segundo, Arístides.

—Ya sabes que a mí nunca me apasionó el boxeo.

—Eso no importa. A veces —casi murmuró—, suena la campana y uno no se da ni cuenta, sigue bailoteando sobre la lona como un mono borracho. Entonces tiene que acudir a buscarte tu segundo y llevarte hasta el rincón, para darte aire sacudiendo una toalla, a ver si se te aclara el entendimiento y el mundo vuelve a estar poco a poco en su sitio.

—Entonces, ¿no has venido solo a saludarme y a que te corte el pelo?

—He venido a pedirte un favor.

—¿Grande?

—Especial.

El ambiente de la barbería se había ido aflojando como si desaguara cierta densidad, ayudado por el pequeño humidificador, un aparatito misterioso que Arístides había adquirido hacía un año por catálogo y que, a ratos, destilaba un vaporcillo tenue y ligeramente aromatizado con esencias de azahar o lavanda. La luz de la tarde también se había ido remansando; en algunos lugares se fraccionó en pequeños racimos como de fruta color calabaza, que acabaron rodando por el suelo, junto a los mechones recién cortados del cliente anterior que el barbero comenzaba a barrer y amontonar en un rincón como a gorriones muertos. La sirena de una ambulancia trató de rasgar con saña aquella paz incipiente, aunque sin conseguirlo, porque el lugar se iba tornando apartado y protegido contra toda intromisión posible, una ínsula inviolable, la palabra CERRADO del cartel de la puerta vedando por igual el paso a cualquier ruido intempestivo, como a un cliente retrasado e inoportuno.

—Vaya, algunas cosas siguen igual por aquí —dijo Germán mirando de nuevo fugazmente en torno suyo—, aunque veo algunos cambios. Esa máquina de escribir, por ejemplo, no estaba la última vez, y no había tantas fotografías de artistas, que yo recuerde.

Arístides había trabajado en aquella barbería casi desde que llegó de su país, a principios de los años setenta; cuando su antiguo propietario se jubiló, le había traspasado el negocio

a un precio muy razonable. Era cierto que, de un tiempo a esta parte, Arístides había hecho algunos cambios, esencialmente en la decoración del establecimiento. Por ejemplo, las paredes estaban ahora literalmente repletas de fotografías enmarcadas, la mayoría en blanco y negro, una considerable y siempre creciente colección de retratos, todos ellos relacionados con su gran pasión, el cine. Se alternaban allí un gran número de actores y actrices, todos ellos estrellas rutilantes del universo cinematográfico de todos los tiempos, junto a grandes directores del séptimo arte. Desde aquellas paredes parecían supervisar la bondad de los cortes de pelo y la pulcritud de los afeitados desde Federico Fellini, Luis Buñuel o François Truffaut, hasta Alfred Hitchcock y Billy Wilder, todos en animada y silenciosa camaradería con, por ejemplo, Audrey Hepburn, Anna Magnani, Marcello Mastroianni, Jack Lemmon, Marilyn Monroe o Marlon Brando. Realmente ya no quedaba allí ni un centímetro cuadrado de pared que no estuviera ocupado por alguna estrella del celuloide. «Son fotografías que he ido acumulando durante toda una vida de amor al cine, y que ya no encontraban acomodo en mi casa. Pensé que aquí quedarían mejor, junto a algunos objetos antiguos que he ido adquiriendo». Arístides también había privilegiado el rincón dedicado a los periódicos y las revistas. En una pequeña estantería, junto a una vieja cámara de cine y una claqueta que —aseguraba— había sido utilizada nada menos que en el rodaje de *Lawrence de Arabia*, había una buena colección de guiones de películas emblemáticas, libros de ensayo sobre cine, viejos números de la legendaria revista *Cahiers de cinema*, biografías de algunos de los personajes cuya imagen colgaba de aquellas paredes y, a su lado, en una mesita baja, una

vieja máquina de escribir, una legendaria Remington que había conseguido el barbero a muy buen precio en un anticuario, una especie de reliquia sagrada que parecía tener allí su altar en homenaje permanente a la figura, para Arístides fundamental, del guionista cinematográfico.

En la estantería también podían encontrarse una serie de fotocopias pulcramente plastificadas, fragmentos extraídos de una vieja revista de vida efímera allá, en el país de Arístides, cuyos originales probablemente ya amarilleaban y se abarquillaban en alguna carpeta. Se trataba de unos artículos dedicados al cine y firmados por Ari Laguán, antiguo seudónimo del propio Arístides. También dormían en aquella estantería el sueño del anonimato un par de guiones originales, igualmente escritos por el tal Laguán. «Con los años se me ablandó el pudor, mi amigo. Le perdí el miedo al ridículo y decidí exponer mis pocas obritas, quizás al escarnio público, pero qué más me da ya», confesó el barbero sin azoramiento alguno. No fraile antes que cocinero, sino maestro de escuela antes que peluquero había sido Arístides en su tierra, siempre con insobornable pasión por el cine y hasta miembro fundador de aquella legendaria revista cultural, de vida efímera, que había contado con toda una sección dedicada al séptimo arte que estuvo a su cargo, es decir, al de Ari Laguán.

Al llegar a Barcelona, Arístides había dejado que circulara sobre él alguna que otra leyenda en la que se le definía como una especie de exiliado político latinoamericano —acaso pensó que eso le dignificaba—, pero la realidad era que lo único que le había perseguido de veras en su país, antes de emigrar a la vieja Europa, había sido la pura miseria. La nueva deco-

ración de su establecimiento —aquellas fotografías, la cámara, la claqueta, la Remington—, toda aquella suerte de escenografía más operística que cinematográfica, pretendía ser como una vieja seña de identidad por siempre reafirmada, un escenario adecuado para que allí habitara el recuerdo de Ari Laguán, a la vez que un permanente homenaje a su afición y a sus ídolos. Por otro lado, Arístides confesó que en algún momento confiaba en que se corriera la voz y a su establecimiento se le empezara a conocer como «la barbería del cine», o algo parecido, no solamente por aquel barrio, sino quién sabe si por toda la ciudad. ¿Por qué no podía haber una barbería cinematográfica —aducía—, al modo de los cafés literarios de antaño? Vagamente esperaba atraer así a un público más selecto, peculiar y fiel, quién sabe si propiciar algún evento, pequeñas charlas, conferencias o incluso alguna tertulia estable sobre cine —fabulaba—, que surgiera espontáneamente entre los nuevos clientes mientras les cortasen el pelo o les hicieran un masaje facial tras el afeitado. «La crisis por poco se me come. El negocio no va precisamente viento en popa, mi amigo —declaró—, y toda ayuda para promocionarlo no está de más. Con probar, nada se pierde. La barbería tiene hasta su página web y además está en Facebook», se justificó, sin duda pensando que Germán le consideraría un iluso. Pero no, el expeso wéltor no lo consideraba un iluso. Precisamente, él había consultado en internet, para asegurarse de que en la dirección que recordaba seguía existiendo una barbería, y dado con la mencionada página web; en una de las fotografías que allí se mostraban, había reconocido al mismísimo Arístides en plena faena. Así que allí estaba, había venido sobre seguro.

«El día transcurrió espinoso, pues...», dijo Arístides al fin, cambiando de tema, aunque evitando la entonación imprescindible para que sus palabras pareciesen una verdadera pregunta, y de nuevo regresó el sonido de las tijeras, acompañando las palabras. Germán reiteró que acababa de regresar de París, donde residía desde hacía muchos años, los siete últimos como chófer particular de un millonario llamado Marcel Carranda, un hombre inmensamente rico, gran aficionado al arte y, de un tiempo a esta parte, también inmensamente solitario. Hacía cosa de dos meses, Carranda y él habían sufrido un aparatoso accidente de tráfico que por poco les cuesta la vida a ambos. Un conductor ebrio había invadido el carril contrario de la autovía por la que circulaban y se había empotrado contra el lujoso Jaguar propiedad de Carranda. El millonario, no obstante viajar en la parte trasera del automóvil, era quien aparentemente se había llevado la peor parte. Sus lesiones habían resultado de mayor consideración, aunque ninguna de extrema gravedad. Sin embargo, le habían dificultado en gran medida la movilidad, con lo que la total recuperación estaba resultando larga y penosa. Germán, por su parte, había sufrido traumatismos múltiples, con pérdida incluso de la conciencia a consecuencia del brutal choque, pero milagrosamente no se había roto ningún hueso ni tenía lesiones internas. Después de tres semanas en el hospital le dieron el alta sin mayores problemas, aunque atiborrado a calmantes. «Me ha quedado esta cicatriz en la frente, para que me acuerde cada vez que me afeito». Sin embargo, su jefe había tenido que tomárselo con más calma: su permanencia en el hospital se había prolongado durante un mes y medio, por no hablar de la penosa y larga rehabilitación que debía emprender. En

cualquier caso, todo el mundo había coincidido en afirmar que, dadas las circunstancias y lo aparatoso del accidente, ambos habían vuelto a nacer.

«“Volver a nacer”, Arístides, qué expresión tan curiosa». El accidente le había dejado a Germán, además de la cicatriz en la frente, algunas secuelas, como ciertos dolores persistentes —en la cabeza, en la nuca, en la espalda—, un insomnio irredento y una total incomodidad a la hora de volver a conducir un automóvil. Eso último lo había comprobado al llevar algunos de los otros coches de Carranda —poseía tres— al túnel de lavado. En el hospital le habían dicho que esa circunstancia era totalmente normal, una especie de síndrome postraumático que desaparecería pronto. «Un chófer que no puede conducir, ya me dirás tú, Arístides...».

También se había instalado en él un inusitado afán de capitulación. «A veces, la vida nos da un golpe inesperado, y es como un directo en la mandíbula que nos hace doblar la rodilla. Entonces suele uno preguntarse si se equivocó o acertó en esto o en aquello, si supo encarar lo esencial, ¿me entiendes, Arístides?, si quedaron cosas pendientes. ¿Quién no las tiene?».

Su jefe había decidido pagarle unas vacaciones: «Viaje a Barcelona, a su ciudad natal. ¿Cuánto hace que no va por allí, que no ve a su hija? Vaya a ver a la familia. Los gastos corren de mi cuenta. Cuando me haya recuperado un poco y le necesite, ya le avisaré». El millonario tenía fama de distante más que de huraño. Pocos amigos le frecuentaban y, al decir de Germán, él era una de las pocas personas con las que Carranda mantenía un trato asiduo, junto con dos o tres empleados domésticos y otros tantos hombres de confianza,

grises y eficientes, que supervisaban sus negocios, ciertas actividades filantrópicas y su afición al arte, que en los últimos años no solo había ido creciendo y derivando hacia el coleccionismo, sino que parecía constituir para Carranda una verdadera obsesión. Tenía un hijo de quince años cuya custodia compartía desde hacía diez con su exmujer, y que de vez en cuando pasaba temporadas de vacaciones con él. Con respecto a su chófer, el millonario había demostrado una confianza absoluta. En más de una ocasión se lo había llevado de viaje consigo, para que fuese Germán y no otro quien condujera algún lujoso automóvil de alquiler en Londres, Ginebra o Roma, en especial cuando acudía a alguna subasta exclusiva, en busca de alguna pieza de arte que añadir a su creciente colección.

En aquella primera charla con Arístides, Germán habló antes de su jefe que de sí mismo, tardó algo en soltarse el pudor, hasta bien terciado el corte de pelo. Germán se había casado muy joven, había tenido una hija y se había divorciado poco antes de dejar Barcelona, hacía veintiséis años, pero todo eso ya lo sabía Arístides. «He sido un padre casi del todo ausente. En cuanto a la vida familiar, la verdad es que he perdido por *knockout*. La cagué bien, ya te acordarás». Había tenido alguna que otra historia sentimental más, convivido en otras dos ocasiones, pero sin que nada perdurara, hasta que se había habituado a vivir solo en su apartamento de París.

«¿Tienes nietos, mi amigo?». Dos. Germán tenía dos nietos, a los que apenas trataba. Se había pasado media vida al volante de coches lujosos; estaba acostumbrado a estar disponible a cualquier hora y casi en cualquier día del año, a ob-

servar a la gente enmarcada en el espejo retrovisor de un automóvil, a mantener pequeñas conversaciones triviales con sus sucesivos jefes, a asistir a otras en silencio, en las que no solo no debía intervenir, sino simular estar ausente, concentrado exclusivamente en la conducción, fingiendo ni siquiera escuchar aquellas palabras que siempre le llegaban desde la parte de atrás, aquel ámbito confortable habitado por seres que entonces, durante aquellos trayectos, no poseían verdadero rostro para él, apenas aquel fragmento sesgado que les otorgaba el espejito retrovisor de marras. «Como te debe de pasar a ti, Aristides, no hay catálogo que abarque todo cuanto he oído. Hay veces que realmente uno deja de escuchar. Por otro lado, con esta profesión no hay vida familiar que aguante. Por cierto, no te lo he preguntado: ¿Tú te casaste?». No, el barbero declaró que él se había acabado adscribiendo al mismo gremio que el chófer, al principio con una meridiana convicción, aunque con los años esta, en lugar de afirmarse, había ido decreciendo hasta la casi desaparición. «Cuando me descubro algunas veces hablando solo con el espejo de la barbería, me doy cuenta de que la soledad solamente es aconsejable en ciertas dosis terapéuticas, mi amigo, y si se sobrepasan, te aparta de la vida como una borrachera triste. No diré que no intenté ponerle remedio, a mi manera, pero aquí me tienes, en el banquillo solitario de quienes ya no salen a jugar el partido. A mí también me ha pasado algo parecido a lo tuyo, y es que estoy encadenado a esta barbería como un galeote a su remo. Los sábados es cuando más clientela tengo. No encontré quien quisiera compartir esta vida esclava».

Tras el accidente, Germán se había pasado algunas noches de su recién instalado insomnio en su pequeño apartamento de París, manoseando viejos recuerdos, tan lejanos que a veces parecían no pertenecerle. Conservaba una vieja maleta que contenía, sobre todo, algunos objetos pertenecientes a su lejana época pugilística: fotografías, algún cartel anunciando combates, recortes de prensa, unos guantes de boxear, un viejo batín de seda apolillado, con su nombre bordado a la espalda en letras blancas, un antiguo álbum de cromos que recordaba a viejas glorias del boxeo de los años treinta, junto con algunos otros recuerdos marchitos, que poco o nada tenían que ver con aquella etapa deportiva de su vida; otras fotos de efímera vida familiar, cartas y postales, algunas cintas de casete, y un libro con la dedicatoria de un escritor famoso del que había sido chófer circunstancial durante unos días. Todo ello había permanecido durante años en un armario de su apartamento parisino, criando polvo y olvido. Aquella especie de botín estropeado de un tiempo huido se lo había enviado su exesposa varios años después de su divorcio, al abandonar ella definitivamente el piso en el que habían vivido juntos en Barcelona. «He pensado que querrías tener esto. No he podido tirarlo», decía la escueta nota que acompañaba a aquel lejano envío a París. Fue un detalle por su parte que nunca olvidó.

Desde que, a raíz del accidente, disponía de tanto tiempo libre, Germán había rescatado aquella maleta del armario, y solía contemplar las imágenes que tenía olvidadas y releer algunas viejas crónicas aparecidas en diarios deportivos de la época, como si algo crucial hubiera en todo aquello que pudiera, en última instancia, explicarle algo de su vida. «Sé que

es ridículo, casi infantil, un síntoma preocupante», le confesó a Arístides, sin saber expresarlo como debía. De nuevo, un psicólogo del hospital había vuelto a tranquilizarle. Al principio, no vio mal aquel escrutinio recurrente, porque eso, dijo, podía ayudar a rellenar ciertas lagunas de la memoria que hubieran podido surgir, debidas al traumatismo, nada por lo que preocuparse. Incluso aconsejó detenerse en aquellos recuerdos que se enturbiasen, consultar a parientes y amigos para aclarar sucesos y efemérides que se fueran desdibujando, a fin de afianzarlos. Entonces, Germán había caído en la cuenta de que ninguno de sus allegados había tenido noticia de su accidente, que pudo ser fatal, ni ahora ya encontraba razón alguna de que la tuvieran, por lo que aquel psicólogo acabó recetándole unos comprimidos que, según él, no recuperarían recuerdos extraviados, si los había, pero aplacarían en gran medida aquella tendencia y le suavizarían la ansiedad, y añadió unos potentes somníferos para sortear mejor el tránsito difícil de la noche al día.

Una de aquellas madrugadas, en las que Germán también solía ver la televisión casi hasta el amanecer —había rechazado los somníferos, de momento—, fue a parar a un programa en el que hablaban de la predicción que los mayas habían hecho acerca del fin del mundo, previsto para aquel mismo año 2012. «Entonces recordé algo, Arístides». Fue como un relámpago de la memoria que hizo aparecer de nuevo lo que, como tantas otras cosas, casi había olvidado, no le había prestado la atención debida o no le había dado la importancia que sin duda merecía. Volvió a abrir su vieja maleta, rebuscó en ella,

de nuevo sopesó lo que ya sabía que contenía, hasta dar con un viejo magnetófono portátil. El aparato estaba inservible —dedujo, con razón, que irrecuperable—, las pilas habían como reventado hacía mucho tiempo y luego se habían convertido en algo mineral, inundando su receptáculo con el polvillo blanco que certificaba su antigua extinción; aquellas pilas parecían fosilizadas. Sin embargo, lo que importaba era la cinta de casete que contenía aquel magnetófono y que continuaba allí dentro. «Ya debes de saber a lo que me refiero. Esa cinta, Arístides, que conserva mi voz en una conversación antigua, muy antigua, que mantuve con quien tú ya sabes, porque un día lo traje aquí, sí, aquí mismo, a esta barbería, una tarde de 1980. Te acuerdas, ¿no es cierto? Dime que te acuerdas, Arístides. Estoy seguro de que una cosa así no has podido olvidarla. Al menos eso dijiste al despedirnos aquella tarde. “Nunca voy a olvidar esta visita, amigo Germán”. Eso dijiste, ¿te acuerdas?, a pesar de que hace de eso treinta y dos años». Recordaba el rostro embelesado de Arístides escuchando aquella tarde de 1980 a Jorge Luis Borges mientras le cortaba el pelo en la barbería. «¿Te acuerdas de cómo congeniasteis vosotros dos? Todo se me vino encima de golpe, Arístides, por ese documental que vi en la tele sobre los mayas y su fin del mundo. El señor Borges me había hablado por aquellos días de esa predicción. Del fin del mundo me había hablado».

Germán repitió torpemente que algo le había llegado igual que un destello imposible de asumir, y casi como vino se le fue, como despertar de un sueño y al instante perder su recuerdo. Luego, con el paso de los días, todo fue regresando lentamente, pero de otro modo, lleno de lagunas. «Entonces

me acordé de esta barbería y de ti, Arístides». Germán rebuscó en uno de los bolsillos de su chaqueta y exhibió el casete. Arístides contempló el objeto con una súbita devoción, como el símbolo de la alianza que estaba a punto de consumarse. «Pensé que, si venía a Barcelona para ver a mi hija, podía aprovechar para saludarte, si todavía estabas aquí rapando a la gente. Ya que sigues aquí, me gustaría que escucháramos esta cinta juntos, Arístides —dijo el antiguo peso wélter—, tú sabrás apreciarla, y que lo hagamos esta vez como no pudimos hacerlo hace tantos años, ¿te acuerdas?». La grabación era tan defectuosa que, ya en su día, era muy difícil descifrar las palabras en muchos fragmentos. Había un ruido de fondo infernal, que parecía una freidora y que debía de ser el ruido del tráfico, el tráfico de la Barcelona de 1980. «Tú le diste entonces mucha importancia a esta cinta, me aconsejaste que, aunque no pudiese escucharse con claridad, la conservara siempre como un talismán. Recuerdo que dijiste exactamente eso: “como un talismán”. Incluso, para convencerme, mencionaste que existían laboratorios que restauraban malas grabaciones, eliminaban ruidos de fondo y otras anomalías, las tornaban más audibles. Al final me quedé con ella, pero nunca traté de restaurarla, no quise llevarla a ninguno de esos sitios donde la hubieran restaurado. La verdad es que incluso la olvidé. Fue a parar al fondo de aquella maleta llena de recuerdos de otra vida, que además abandoné cuando me divorcié. Si mi exmujer no me la hubiera enviado a París, la habría perdido para siempre. Figúrate».

Una vez que se decidió a aceptar la oferta de su jefe y viajar a Barcelona, Germán había incluso especulado con cargar con aquella maleta al emprender su viaje, creyéndose incapaz

de erradicar la nueva e inoportuna costumbre de manosear los viejos recuerdos que contenía, como si estos le parecieran retazos de algo inverosímil y precisase de la certificación periódica de las fotos, los carteles y las crónicas en las que se mencionaba fugazmente su nombre, para creer que todo aquello había sucedido de veras, que no había sido un sueño lejano. La decisión de no acarrear aquel fardo a la hora de partir no había sido porque estuviese plantándole cara con decisión a aquella manía ridícula, sino por puro temor a que algo pudiera perderse con aquel trasiego. Lo único que había traído era la cinta. Quizás con ella bastase.

Arístides volvió a contemplar a Germán, a la vez abismado y transmutado por el pozo sin fondo del espejo. Comprendió por primera vez que acaso aquel y no otro era el lugar idóneo para llevar a cabo la tarea que el exboxeador le proponía. Supo que estaba a punto de suscribir un pacto de los importantes. Se reunirían allí, en la barbería, pasada la hora del cierre, y escucharían juntos la grabación tratando de descifrar las palabras, aunque fuese una por una; él mismo se encargaría de transcribirlas. Si no había más remedio, se podría volver a plantear la restauración de la cinta, que ahora sería cosa fácil, mucho más de lo que lo hubiera sido en 1980, un simple cambio de formato, con todas las interferencias eliminadas sin problemas.

—Lo primero será conseguir un aparato en condiciones para poder escuchar la grabación tal como está —dijo el barbero—. Esos magnetófonos ya no se encuentran así como así, son verdaderas reliquias, la mayoría inservibles, aunque sé que en internet existe todo un mercado para conseguirlos. Sin embargo, no todo es trigo limpio. Tengo un conocido de

toda confianza que vende trastos viejos, y creo que podrá proporcionarnos lo que buscamos. Me vendió esa máquina de escribir, que aún funciona, a buen precio. Ahora relájate, mi amigo, la ocasión merece un rasurado con un buen masaje facial.

Germán vio en el espejo la espuma de afeitarse cubriéndole el rostro, una media máscara blanca, casi inútil, que nada esencial ocultaba. Sintió el frescor en las mejillas y cerró los ojos por primera vez. El pacto estaba sellado.